

de la nación, no sentían el contrapeso de la mayoría que continuaba indiferente á todo, y así, dejándose arrebatar por la fantasía, llegaron las Cortes portuguesas á firmar un código constitucional tanto ó más radical que el español, sin pensar que todas las exageraciones de la Constitución de Cádiz tienen la hermosa y nobilísima excusa de haber nacido de la exageración del sentimiento público en su lucha heroica contra el gran déspota de Europa.

Distínguese la revolución portuguesa de la española, en que así como ésta, poseída de una gran avidez consumía unas Cortes tras otras, en Portugal las Cortes constituyentes tuvieron todo el tiempo necesario para realizar su obra; es decir, que no hubo quien embarazase su marcha ni de cerca ni de lejos, que pudieron hacer y deshacer á su antojo, y esto es, precisamente, lo que da razón á Gervinius cuando las censura por no haber hecho una obra seria y prudente.

Como hecho característico de la revolución portuguesa, ninguno tan interesante como el que ofreció durante la misma su representación diplomática en el extranjero. Mientras en Lisboa todo era radicalismo, los ministros de Portugal seguían á los monarcas de la Santa Alianza ora á Troppau, ora á Laybach, no para enterar á su gobierno de lo que en dichas ciudades se concertaba, sino para asegurar á los soberanos de Rusia, Austria y Prusia, que lo que se hacía en Portugal no era viable y que bastaría una simple orden de la Santa Alianza para que todo volviera á su primer estado, y á tanto llegaron esos ministros y esos cónsules contra su propio gobierno, que no contentos con destruir el comercio portugués poniendo toda clase de dificultades en despachar á los buques nacionales, llegaron á reunirse en París en congreso formal y anti-constitucional para ver la manera de restaurar en Portugal el antiguo estado de cosas.

¿Por qué el gobierno de Lisboa no mandó á sus casas á estos diplomáticos tan singulares? Porque la revolución portuguesa careció de aquella energía que mantiene á un país entero en la disciplina. Toda la energía de los regeneradores se gastó en vengarse á su manera de la indigna explotación de Portugal por Inglaterra, sometiéndolo á revisión unilateral los detestados tratados de comercio de 1810 y elevando los derechos de introducción de los paños ingleses de un quince por ciento. Inglaterra se limitó á calificar de «indigna tontería» lo que se había hecho por las Cortes.

Gervinius, creyendo sin duda que los portugueses ignorarían cuanto había pasado en el Brasil con su

dinastía decidida á hacer de Portugal una colonia de América y á no conceder en materia constitucional más que el mínimo de una carta á la francesa, la emprende contra las Cortes por las desconfianzas que demostraron respecto de su rey, y que, como hemos visto, eran fundadísimas, y por su acuerdo de declararse en sesión permanente desde el momento que el buque real entrase en el Tajo y de no dejarle desembarcar hasta tanto que hubiese jurado fidelidad á las bases constitucionales. Que las Cortes estaban alerta y sobre el aviso, lo demuestra su actitud resuelta al saber lo ocurrido en Río Janeiro, al saber que el rey entendía dar su aprobación al pacto constitucional que los portugueses entendían imponerle en nombre de la soberanía de la nación. El rey no debía aprobar sino jurar fidelidad á la ley constituyente de Portugal. En fin, para acabar de justificar la actitud de las Cortes, el mismo Gervinius lo ha dicho, durante el viaje real, Palmella y otros grandes no cesaron un momento de hostigar al rey para que se detuviera en las islas Azores ó en las Terceras y combatiera desde allí la revolución portuguesa exigiendo una modificación constitucional. Por qué el rey no dió oídos á tales consejos, es difícil decirlo. Con temperamentos tan menudados como el del rey de Portugal, cabe preguntar si fué por honradez, ó por odio á la nobleza, ó por miedo ó por poltronería como cree Gervinius. Lo que nosotros creemos es que el rey hubiera dado cualquier cosa para que sus antiguos súbditos le hubiesen obligado á salir de nuevo para su querido é inolvidable Brasil.

Pruébalo el que habiéndose sometido de buen grado á las disposiciones que él podía estimar vejatorias de su desembarco, disposiciones que se agravaron con la prohibición del desembarco de Palmella y de sus amigos, en el mensaje que dirigió á las Cortes respondiendo á la alocución de su presidente, dijo por su propia cuenta: «que si los portugueses pensaban abolir la forma monárquica de gobierno, el rey no encontraría en su corazón otra resolución que la de abandonar la nación á la salvaguardia de la Providencia; lo que no haría, en verdad, sin pena, pero reprimiendo, sin embargo, todo sentimiento de culpable venganza.» Las Cortes se indignaron de esta declaración del rey cuyo sentido no les escapaba y de este disgusto de las Cortes se asombraron en aquellos días los gobiernos europeos y en épocas modernas, historiadores como Gervinius.

Ante esta actitud del rey tan incorrecta, nada tan natural como el que muchos sospecharan si no en-

cubría el propósito del rey de acabar con el sistema constitucional de un modo ú otro; y sin aprobar la presentación de la proposición por la cual se declaraba que caso de que el rey atentara contra la Constitución, este atentado implicaría la pérdida de la corona, porque en casos tales para los pueblos dignos y enérgicos esto es lo que se hace y esto es lo que declararon las Cortes al rechazar dicha proposición, no hay duda que autorizaba dicha amenaza la que se creía viva en la conducta indiferente del rey por su patria, amén de que los portugueses liberales no podían ni debían olvidar que su reina era una hermana del infame Fernando VII de España.

«La reina,—dice Gervinius,—mientras no conoció el terreno que pisaba, ocultó su manera de pensar con esa habilidad consumada en el arte de disimular que caracterizaba á su hermano. Cuando se estableció en el palacio de Queluz, en donde tenía su corte particular, declaró que no sufriría á su lado quien no obedeciera la jurada Constitución, acabando por seducir el espíritu exaltado de Carneiro, tan entusiastas eran sus declaraciones constitucionales. Sin embargo, de oculto, y poco á poco, su casa fué sirviendo de centro de unión de los *corcundas*, que así se llamaba á los reaccionarios, esto es, de centro de unión de todos los diplomáticos rencorosos, de todos los curas fanáticos, y en fin, de todos los nobles y de todos los militares irritados. Formóse ese centro de unión en la época misma en que los liberales estaban más tranquilos; cuando creían que las últimas esperanzas de los *corcundas* se habían desvanecido, cuando Oliveira había sido recibido en la Corte de Londres como encargado de negocios,—primeros de 1822,—y todavía, en Mayo, figurábanse que tal partido era completamente impotente, precisamente, decían, porque faltaba un centro de Unión. En las Cortes, los *corcundas*, eran, por decirlo así, «mudos», «pero no sordos», como álguien, sin embargo, advertía. Fuera de la Cámara esos hombres trabajaban con el mejor celo. Fué en ese centro de la corte en donde se anudaron las relaciones con los apostólicos de España y con los absolutistas del resto de Europa; fué en ese centro de donde se enviaron al clero las instrucciones, en que se les prevenía que desacreditaran á las Cortes con toda clase de calumnias y de exageraciones.

»Tan pronto la reina notó que la fuerza y consideración de las Cortes no eran tan inquebrantables como en un principio se había creído, tomó desde luego otro tono. Vivía en la mayor reserva, y para representar el estado de humillación en que había

caído la monarquía, á las raras visitas que recibía se presentaba vestida con traje viejo y sucio de india, cubriendo su cabeza un sombrero de fieltro, y llevando dos escarcelas llenas de reliquias. Si se veía obligada á presentarse en público, su conducta no era menos estudiada.»

«Estos indicios amenazadores no escaparon á las Cortes que dieron al gobierno plenos poderes para que pudiera proceder contra los sospechosos y perturbadores del reposo público. Poco tiempo después, en Mayo, se descubrió una primera conspiración cuyo objeto era, según declaración del diario oficial, el restablecimiento de las antiguas Cortes bajo una regencia á cuya cabeza se debía poner don Miguel, el segundo hijo del rey. Murmurábase lo que decía el rey, de cuyas palabras se deducía que estaba descontento; y las gentes que le rodeaban, sorprendíanse al ver reaparecer en la corte á algunos miembros de la pasada regencia. Durante los días en que los guardias de corps estuvieron en armas en Madrid, la guarnición del castillo de San Jorge hizo una tentativa de motín. Las tropas medio indisciplinadas por el restablecimiento del castigo de baquetas, tenían preparada la escarapela real: si la corte hubiese demostrado un poco más de valor, los soldados se hubieran declarado prontos á restablecer el rey puro, y de seguro que hubieran tenido la fuerza necesaria para hacerlo. Pero ese valor faltó lo mismo en Lisboa que en Madrid. La firmeza de Sepúlveda hizo que fracasase la conspiración. Los hilos de la causa subieron hasta altos personajes de quienes se probó que habían tenido conocimiento de lo que se tramaba; pero se ahogó en silencio el procedimiento.»

Tal era la suerte en todas partes de los que eran calificados de revolucionarios y republicanos. Sinceramente monárquicos estos hombres hablaban como republicanos para amedrantar á sus reales enemigos, pero nada más; cuantas veces sorprendieron á estos con las manos en la masa, cuantas veces pudieron hacer en ellos efectivas la responsabilidad de sus actos, retrocedieron espantados. Si retrocedían temerosos de que el país no les quería, entonces debían estos hombres ó bajarse al nivel del país, ó dejar que otros se pusieran á su altura; si retrocedían por falta de valor ó de convicciones, estos hombres no eran dignos del puesto que ocupaban.

En este entretiem po tocó á su fin la obra de las Constituyentes. Los últimos artículos de la Constitución fueron votados y las Cortes la firmaron

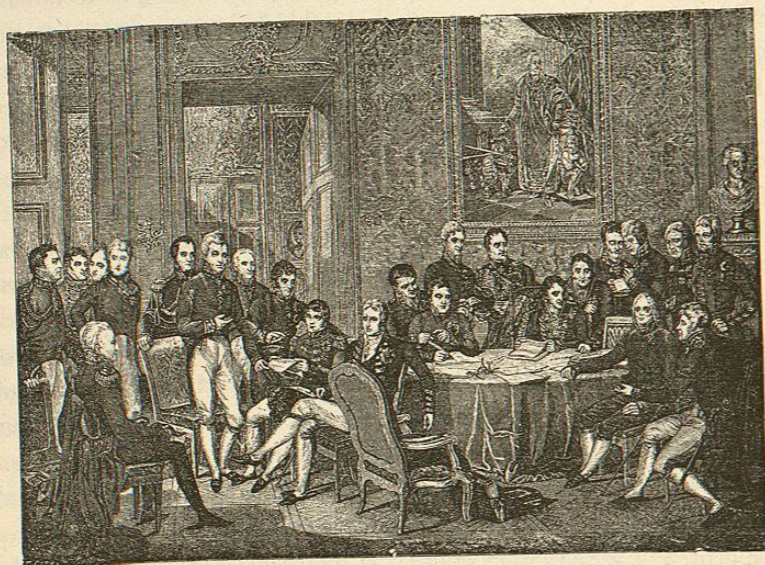


durante los días 22 y 23 de Setiembre. Ahora debía firmarla y jurarla la familia real. El rey se prestó á ello de buena gana al parecer, y ordenó á sus hijos que la juraran y éstos obedecieron, lo mismo Pedro en el Brasil, que Miguel en Lisboa. Éste no la juró sino en el último momento. El único individuo de la familia real que no quiso jurarla, fué la reina, contra quien se dictó orden de destierro, pero pretextando ella su mal estado de salud, los cándidos regeneradores consintieron que saliera confinada al palacio de Ramalho, sometiéndola á una rigurosa vigilancia. La reina no se sometió á las órdenes

de su esposo, que éste fué quien tuvo que darlas, sin protestar de ellas en una enérgica y violenta carta que la prensa realista europea puso por las nubes exaltando á la digna y virtuosa «reina prisionera.»

En una época, pues, en que las fuerzas públicas, garantía del orden y de la independencia de una nación, se veían solicitadas por el pueblo para la libertad, y por el trono para el absolutismo, no es de extrañar que en todas partes se notaran los síntomas de ese trabajo de zapa contra su disciplina.

Ya hemos visto que el ejército francés no era



El Congreso de Verona

menos trabajado que el de España é Italia y que á punto estuvo Francia de tener en 1820 su pronunciamiento. Dugied, uno de los más activos agentes de ese tiempo y de esa abortada conspiración escapó á Nápoles, de donde regresó á París, viendo que nada resultaba contra él, en Febrero de 1821 trayendo los estatutos de los Carbonarios que comunicó á un círculo de estudiantes del que formaba parte Buchez que seguía entonces sus estudios de medicina, y al cual pertenecían también dos funcionarios públicos Bazard y Flottard, los cuales fueron los que resolvieron introducir en Francia el carbonarismo, metiendo en él á todos los elementos dispersos de las antiguas sociedades secretas.

Mientras creyeron los jefes del carbonarismo que podrían alistar al pueblo, el carbonarismo no hizo en Francia progresos, pero tan pronto cambiaron de dirección y fueron á buscar apoyo en las clases altas, se abrieron al carbonarismo vastos horizontes.

Beranger que nunca quiso ser carbonario y que se esforzaba en disuadir á sus amigos de entrar en sociedades secretas, dado ahora por entero á la causa política, mantenía vivo á sus expensas el sentimiento liberal, pues la segunda edición de sus Canciones le valió ser encerrado en Santa Pelagia, en donde fué á ocupar la misma celda que acababa de dejar vacante Pablo Luís Courier, otro escritor popular que hablaba á la nación francesa como pudiera hacerlo el más modesto é inofensivo aldeano que no quisiera faltar á los santos mandamientos. Las ingenuas verdades de P. L. Courier era de lo más sangriento que se escribía contra la Restauración borbónica. Ahora había ido á parar á Santa Pelagia por su *Simple discurso*, motivado por la suscripción nacional para ofrecer al «hijo de Europa» el castillo de Chambord, y en cuyo folleto comparaba con su mordaz causticidad á ese niño, á quien se rodeaba de un fasto corruptor, con lo que hacía Luís Felipe con su hijo el duque de Chartres que se sentaba al lado de

los hijos del pueblo en los bancos de la Universidad. Si estos hombres, pues, no auxiliaban la Carbonería, directamente la fomentaban con sus ardientes protestas, y dígame lo que se quiera, la masa de los que se alistan en sociedades secretas son siempre los más ardientes, los más generosos de los hijos del pueblo, porque se consagran conscientemente á la persecución, al sacrificio y á la muerte.

Con el dicho cambio de conducta la Venta ó Logia parisién no tardó en reunir en su seno al hombre, que lo era entonces todo para la Francia liberal, á Lafayette, al gran pintor Ary Scheffer, á Cauchois-Lemarie, Joubert, Trelat y otros. Estos elementos

disponiendo de fuertes medios de propaganda y de grandes relaciones y autoridad, decidieron enviar á individuos de su seno que fueran á propagar á provincias la Carbonería, saliendo al efecto algunos de ellos.

Riobé salió para el Oeste y júzguese de su sorpresa al encontrarse en Saumur con la gran asociación de los *Caballeros de la libertad* organizada por el cirujano mayor militar Grandmenil, asociación que tenía su punto de apoyo en la escuela militar y de la cual formaban parte gran número de militares. Riobé descubrió en Angers dicha asociación que se extendía hasta Nantes y tenía afiliados de quince á



ALEJANDRO, emperador de Rusia

veinte mil individuos que desde luego se sometieron á la dirección de la gran Venta.

No fué menos afortunado Buchez que marchó á trabajar á la Alsacia afiliando no sólo los obreros de las fábricas de Argenson y Koechlin, sino el regimiento número 29, de guarnición en Belfort, que servía á la vez de punto de apoyo militar de esa parte de la Carbonería francesa.

Ary Scheffer, fué menos afortunado, pues sólo logró organizar una Venta civil en Lyon y otra militar en Marsella, en el 5.º batallón de línea.

En el Norte los comisionados no tuvieron éxito. La policía que había descubierto la existencia de la Carbonería y seguía sus ramificaciones, calculaba para últimos de 1821 sobre cincuenta ó sesenta mil hombres.

Como las sociedades secretas cualquiera que sea su naturaleza ó fines no son posibles sino á condición de tener constantemente tirantes los nervios de los asociados, las más de las veces sus jefes ó directores caen víctimas de esa misma exaltación creada por ellos, y tomando su obra por la obra del país, se creen llamados cuando son ellos los que llaman. Así

sucedió ahora á los carbonarios franceses que resolvieron dar el golpe el día 1.º de Enero de 1822 en conmemoración del levantamiento de España. El grito se había de dar simultáneamente en Saumur y Belfort.

Lafayette enteró á sus amigos políticos no carbonarios de lo que iba á hacerse, y Manuel pudo convencerle de que antes de comprometerse á una empresa que estimaba temeraria, urgía convencerse de que en realidad existían elementos y lo que convenía antes era que Argenson y Koechlin marcharan á Alsacia é informaran *de visu* sobre lo que allí había y con lo que se podía contar. Argenson salió y sus informes no fueron muy satisfactorios y esto que eran de un exaltado sincero. Lafayette moderó entonces su actitud, pero los informes que se recibieron de otra parte eran más calientes y Lafayette sino convencido por pundonor, estuvo en su puesto el 1.º de Enero de 1822, no sin haber marchado para su castillo de Lagrange el 24 de Diciembre para celebrar, según su costumbre, el aniversario del fallecimiento de su esposa.